



XII

He aquí la carta que Alberto dejó en la habitación de Teodoro, según manifestamos en otro lugar.

Teodoro ó Rosalinda, porque no sé con qué nombre llamaros; hace poco que me he separado de vos y sin embargo os escribo.

¡Cuánto daría por saber vuestro nombre de mujer!

Debe ser dulce como la miel y retozar entre los

labios más suave y más armonioso que la más encantadora poesía.

Nunca me hubiera atrevido á deciros esto, y sin embargo si lo hubiera de callar, creo que me mataría.

¡Cuánto he sufrido! Nadie lo sabe ni lo sabrá. Yo mismo no podría dar más que una débil idea de ello, porque las palabras no saben expresar semejantes angustias.

¡Oh, Rosalinda! Os amo, os adoro y quisiera que hubiese una palabra que expresase más que esto para significaros la grandeza de lo que siento por vos.

No he amado nunca ni he adorado como os adoro.

Yo me posterno, yo me humillo ante vos, y quisiera poder obligar á toda la creación para que hiciera lo mismo y adorase á mi ídolo, porque vos sois para mí más que toda la naturaleza, más que yo mismo, más que Dios, y me parece muy extraño que Dios no haya descendido del cielo para convertirse en vuestro esclavo.

Donde vos no estáis existe el desierto; todo está muerto, todo está negro.

Para mí, vos únicamente llenáis el mundo, porque vos sois la vida, el sol, todo lo sois vos.

Vuestra sonrisa hace el día, vuestra tristeza constituye la noche.

Las esferas siguen el movimiento de vuestro cuerpo y las celestes armonías reciben de vos la inspiración.

Tres meses hace que os conozco, pero sin embargo os amaba mucho antes.

Antes de haberos visto ya languidecía de amor por vos, os buscaba, os llamaba y me desesperaba al no encontraros en mi camino, porque sabía que no podría amar á otra mujer.

Hay en vos un monantal inagotable de gracias, una fuente de la que incesantemente brotan seducciones irresistibles.

Sois una especie de estuche abierto constantemente y lleno de las perlas más preciosas, y en vuestros menores movimientos, en vuestros gestos, los más sencillos, en vuestras más insignificantes acciones prodigáis con una profusión verdaderamente regia inestimables tesoros de belleza.

Cada gesto, cada movimiento de cabeza, cada aspecto distinto de vuestra belleza, se graban en el espejo de mi alma con una punta de diamante, y nada en el mundo podría borrar la profunda huella.

Se donde existe la sombra y en que lugar está la luz, el espacio que ilumina la claridad del día y el lugar donde el reflejo errante se va esfumando con los tintes más delicados del cuello y de las mejillas.

Ausente de vos, tengo la seguridad de poderos retratar, porque vuestra imagen está siempre ante mí.

Si vos quisiérais podríais abrirme la puerta del paraíso de mis sueños.

En su dintel estáis como el ángel guardián, y la llave de oro la tenéis en vuestras manos. Decid, Rosalinda; ¿queréis hacerlo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

No espero sino una palabra vuestra para vivir ó para morir. ¿Pronunciaréis esta palabra?

Desde que os he visto algo extraño se ha verificado en mí; parece que se ha desgarrado el velo que cubría mis ojos, una puerta se ha abierto delante de mí é interiormente me he sentido inundado por ondas de luz; he comprendido que la vida estaba delante de mí, y que había llegado por fin al punto decisivo.

Las partes oscuras de la figura que yo trataba de distinguir á la sombra, se han iluminado repentinamente, y las oscuras tintas que bañaban el fondo del cuadro se han esclarecido dulcemente. Mis quimeras y mis temores se han desvanecido. Yo amo.

Desesperado por no encontrarlos, acusaba de falsedad á mi sueño, y furioso me quejaba de la suerte.

Me decía que era un loco buscando un tipo semejante, ó que la naturaleza era infecunda y el Creador bien torpe no pudiendo realizar tan sencillo pensamiento.

Prometeo tuvo el noble orgullo de querer hacer un hombre y rivalizar con Dios; yo había creado una mujer y creía que en castigo de mi audacia, un deseo siempre insaciable me arrancaría las entrañas como el cuervo de la fábula, y yo creía verme encadenado con hierros de diamante sobre una roca á orillas del salvaje océano.

Pero no ha sucedido así.

Habéis llegado y he tenido que reprochar á mi imaginación por su impaciencia.

Os he visto y me he convencido de que mis presentimientos no me habían engañado; pero os habéis presentado ante mí, con la belleza ambigua y terrible de la esfinge.

Como la misteriosa, estáis envuelta en un velo que no me atrevo á descorrer, temeroso de ser muerto de dolor.

Si supiérais bajo mi aspecto distraído conque augusta y anhelante alteración os observaba y seguía vuestros menores movimientos.

Nada se me escapaba cuando miraba vuestro cuello ó vuestras muñecas, para apreciar vuestro sexo.

Vuestras manos han sido para mí, objeto de profundos estudios y puedo deciros que reconozco perfectamente las menores sinuosidades, las venas más imperceptibles, el hoyito más lijero.

Aún cuando estuviérais envuelta de los piés á la cabeza con el dominó más impenetrable, os reconocería viendo solamente uno de vuestros dedos.

He analizado las ondulaciones de vuestro cuerpo, el modo con que ponéis los piés, como peináis vuestros cabellos; he querido sorprender vuestro secreto en los movimientos de vuestro cuerpo.

En esta contemplación he pasado horas enteras.

Retirado en algún rincón de la sala con un libro en la mano, que no leía, ó escondido tras el tapiz de mi habitación cuando vos estábais en la vuestra y cuando las celosías de vuestra ventana estaban levantadas, me he dicho muchas veces: «Es una mujer, no tiene duda.»

Pero de repente, un movimiento brusco y atrevi-

do, un acento viril ó una acción puramente masculina, destruía en un momento el débil edificio de probabilidades, sumergiéndome en mis primeras irresoluciones.

Pero ahora, Rosalinda, tengo ya la certeza profunda de que soís la más hermosa de la mujures; os he visto con el traje de vuestro sexo, he visto vuestros hombros y vuestros brazos tan puros y tan correctamente redondeados, el nacimiento de vuestro pecho, que la gorguera dejaba entrever, y no podía pertenecer más que á una mujer.

Ni Meleagro, el famoso cazador, ni el afeminado Baco con sus formas dudosas, han tenido jamás una suavidad de líneas semejante, ni una fineza tan grande de cutis, aún que los dos estén hechos de mármol de Paros y pulido por los amorosos besos de veinte siglos.

Pero no es esto todo. Vos soís mujer y mi amor no es reprobable, puedo entregarme á él sin remordimientos y abandonarme á la ola que me lleva hacia vos.

Por grande, por desenfrenada que sea la pasión que siento, me es permitida y la puedo confesar.

Pero vos, Rosalinda, por quien estoy sufriendo en silencio y que ignoráis la inmensidad de mi amor; vos, á quién esta revelación tardía no hará quizás más que sorprender, ¿no me odiáis? ¿me amáis? ¿podréis amarme? No lo sé, tiemblo y soy más desdichado todavía que antes.

Yo os suplico, Rosalinda, que si no amás todavía, tratéis de amar al que siempre os ha querido á pe-

sar del velo con que os envolvíais, y hacedlo por piedad si no queréis condenar los días que me restan de vida á la desesperación más horrible,

Pensad que yo os adoro desde que el primer rayo del pensamiento á brillado en mi cabeza; que ya os habías revelado para mi corazón mucho antes, que vos soís el objeto, el medio, la esencia de mi vida, que sin vos no soy nada, sino una vaga apariencia, y que si sopláis esta llama que vos misma habéis encendido, no quedará de mí más que un polvo tan fino y tan impalpable, que el que podrían sacudir las mismas alas de la muerte.

Rosalinda; vos que tenéis tantas recetas para curar el mal de amor, curad el mío, porque estoy bien enfermo; representad bien el papel hasta el final; arrojad el traje del hermoso paje Ganimedes, y tended vuestra blanca mano al hijo menor del bravo caballero Rolando des Bois.

